



EL DEVENIR TRANSMASCULINO:

CONSTRUCCIÓN CORPORAL Y DISCURSIVA DE HOMBRES TRANS EN MEDELLÍN

Laura Oviedo Castrillón
lauraoviedocastrillon@gmail.com

Resumen:

Este artículo busca dar cuenta de la relación de interdependencia entre los procesos de construcción corporal y discursiva de algunos hombres trans que habitan Medellín. Para esto será necesario redefinir los conceptos del cuerpo y el espacio, no como entes pasivos, ni dados, sino que se constituyen y redefinen constantemente en el proceso histórico. Por ende, para dar cuenta de las diversas maneras de transitar, vivir, sentir y habitar la ciudad, será necesario describir las implicaciones familiares, sociales, políticas, económicas y tecnológicas en cada hombre trans, dependiendo de su edad, el nivel académico y la clase social, para poder vislumbrar cómo se enfrentan a las dificultades de develar las contradicciones de la supuesta coherencia entre sexo, género, deseo y placer.

Palabras clave:

Construcción corporal, construcción discursiva, hombres trans, Medellín, trasmasculinidad.

Abstract:

This article seeks to give an account of the relationship of interdependence between the body –processes and discursive construction of some men-trans who live in the Medellín. For this it will be necessary to redefine the concept of the body and the space not as entities liabilities, nor given, but they are and they constantly redefined in the historical process. Therefore, to account for the different ways to travel, it will be necessary to describe the family, social, political, economic and technological implications in each man trans, depending on their age, academic level and social class, to be able to glimpse how are facing the difficulties of uncovering the contradictions of the so-called coherence between sex, gender, desire and pleasure.

Key words:

Body construction, discursive construction, men-trans, Medellín, Transmasculinidad

Introducción

Este proyecto hace parte de mi trabajo de grado, el cual dio cuenta de los procesos de concepción corporal y construcción discursiva de hombres trans en las ciudades de Medellín y Bogotá D.C., a partir de las implicaciones familiares, económicas, educativas y de salud que posibilitan o imposibilitan dicha construcción. De ahí, que en este artículo se retomarán las experiencias de hombres trans que habitan Medellín y cómo se construyen lazos de amistad, de apoyo emocional y se comparte la información por Internet, como espacios que les abren el espectro de cómo se vive la transmasculinidad en otros lugares del mundo.

En primer lugar, es necesario aclarar que si bien la propia categoría de “hombres trans o transmasculinos” se irá ampliando o desvaneciendo a partir de las experiencias de los sujetos de estudio, es necesario explicar el concepto con el cual he partido. Así, se entiende que son “personas que han sido asignadas como mujeres, pero construyen su identidad como hombres o de manera masculinizada” (CNMH, 2015:22), cuyas condiciones de existencia se ven marcadas por haber sido criados como mujeres. Además, sus diferencias lo resaltan por su participación diferencial en ciertos espacios, en juegos y en deportes, como se podrá evidenciar.

En segundo lugar, hay que tener en cuenta que al hacer referencia a la construcción corporal no asumo el cuerpo como un ente pasivo “sobre el cual se

circunscriben los significados culturales o como el instrumento mediante el cual una voluntad apropiadora e interpretativa establece un significado cultural para sí misma.” (2001: 58) Como lo pone en discusión y explica Judith Butler, sino que en sí mismo el cuerpo es una construcción, independientemente si son hombres trans, *queer*, indígenas, afrocolombianos etc. Es decir, el cuerpo ya no sería posible pensarlo como un contenedor, como lo dado, lo biológico, lo innato, lo hecho por una mano divina, sino como una sustancia material que está histórica y espacialmente determinada, y que a su vez configura otras espacialidades desde su corporalidad.

En ese mismo sentido, el cuerpo produce espacios, en tanto cuerpo vivido, pues esto no es algo dado que puede ser medido matemáticamente, ni está ahí para asirse, se produce y también se transforma en términos de José Luis Pardo (1992). Esta similitud en la manera de comprender el cuerpo y el espacio también está dado en que como cuerpos, ocupamos un espacio (pre-establecido tecnológica, social y culturalmente), porque existir implica un “estar ahí”. En esa medida nuestra existencia es espacial porque somos cuerpo(s), por lo tanto, la pregunta alrededor del cuerpo necesariamente es una pregunta espacial, por el lugar que ocupamos y cómo nos interrelacionamos en y con él (Pardo, 1992). La manera de habitarlo, delimitarlo, organizarlo y de experimentarlo (olfativa, visual, táctilmente) corporalmente, está



necesariamente relacionado en la manera como ha sido política, económica, social y culturalmente establecido.

En consecuencia, se entenderá la ciudad no solo como una estructura física de cemento, semáforos, calles, edificios, sino también que se constituye gracias a una organización moral, un tono moral que no es inmutable, ni estático como asevera Ezra Park (1999). Ejemplo de esto, fue cómo a principios del siglo XX en Medellín se vivía en un aislamiento geográfico y social, lo cual fue contrarrestado por el ferrocarril cuyo principal puerto terrestre fue Guayaquil. La llegada de diferentes tipos de personas que empezaron a habitarlo, lo convirtió en el primer lugar en donde se reconoció la presencia de homosexuales (Bedoya, P. & Múnera, S., 2014:79). Guayaquil, la Plaza de Cisneros y la Estación del Ferrocarril, adquirieron un tono moral, tanto como espacios de socialización clandestina de seres abyectos, como espacios de exclusión y de creación de guetos sociales por las prácticas sexuales y las identidades de género de los “dañados” de la época.

Lo anterior también da cuenta de cómo ese proceso histórico de lucha por espacios de solidaridad, reconocimiento y despenalización¹ de la homosexualidad a mediados del siglo XX, ha permitido unos procesos de organización más desarrollados de los grupos de hombres homosexuales, con mayor cohesión interna y control, lo cual genera diferencias de poder (Elías, 2003) dentro de la misma “comunidad LGBT”. En efecto, ha sido necesario que algunos tomen la palabra y digan “aquí estamos nosotros”, como lo ha intentado Agueda Gallego Ospina en la Alianza Social LGBTI y en la organización de la semana de la Diversidad del 2016, o como lo manifiesta en varios encuentros sobre el tema de “Diversidad” Maximiliano Arango, reconociéndose públicamente como hombre trans.

A su vez, la organización de hombres trans se dificulta porque no se conocen entre ellos y/o prefieren hacer sus tránsitos en solitario, a diferencia de las mujeres trans que se

¹ “La promulgación del Código Penal de 1936 instituyó el delito de “acceso carnal homosexual”, el cual establecía que las relaciones homosexuales entre varones eran un delito punible”. (2015:71). Fue solo hasta 1980, que el código penal fue derogado, pero hay que tener en cuenta que “En cuanto a las identidades transgénero, para las autoridades no estaba clara la diferencia entre personas con orientaciones sexuales no normativas y personas con identidades de género no normativas, así que desde su mirada ambas estaban recogidas en la idea de “homosexual”. Sin embargo, existió una disposición adicional relevante en cuanto a la penalización de las personas transgénero. Cuando se promulgó el Decreto 522 de 1971 con el que se restableció la vigencia del artículo 323, se promulgó que “El que en sitio público o abierto al público ejecute hecho obsceno, incurrirá en arresto de uno a seis meses” (Código Penal, 1971, citado en Bustamante, 2008, página 127).

organizan políticamente, quizás porque a los hombres trans que trabajaron en este proyecto no los echaron de sus casas como sucede en el caso contrario. Para el 2016 solo había un grupo de apoyo de hombres y mujeres trans llamado *Transeres*, el cual tiene una apuesta social, especialmente, para que esos tránsitos puedan hacerse con acompañamiento psicológico, también para la familia y logre transitar con ellos. Vale aclarar que en su mayoría son mujeres trans, contrario a lo que sucedió al año siguiente cuando algunos pertenecientes al grupo de apoyo forman el colectivo *Trans Disidentes* con apuestas de activismo social, formación y capacitación en distintos escenarios institucionales.

En los espacios urbanos estos hombres trans adoptan una serie de gestos, formas de caminar, posturas, vestuario, tono de voz, con el objetivo de diferenciarse de lo que se les ha asignado, y a la vez de parecerse físicamente a lo que se espera que es verse como un “hombre”. Obviamente, hay una que otra excepción como la apuesta política de Hombres en Desorden en Bogotá que se reconocen como “hombres con tetas”, o más fuerte aún, cuando Maximiliano reivindica su cuerpo como socialmente se interpreta de “mujer”, pero se autodenomina como hombre. No busca la diferenciación social a través de las hormonas, las cirugías, sino a través de las prácticas discursivas que nos constituyen y delimitan.

Esta ambigüedad en un mundo construido de forma binaria y dicotómica (hombre/mujer, masculino/femenino, etc.) genera una mayor vulneración y resistencia, porque permite evidenciar cómo las normas reguladoras a través de las cuales surgen y están habilitados los

sujetos, deben necesariamente reiterarse porque los cuerpos no las acatan completamente (Butler, 2002). Por ejemplo, “*pareces una machorra*” o para algunos que los sigan tratando en femenino o con el nombre jurídico, mantiene la discriminación y promueve la exclusión dentro de los grupos cercanos. Lo anterior, se convierte en herramientas de control social, cuyo orden debe ser reestablecido en la medida que el “nosotros ideal” se ve atacado y esa fantasía colectiva comienza a desnaturalizarse y redefinirse (Elías, 2003), porque también “hay hombres con tetas y vagina”, hombres con nombres femeninos, hombres con voz aguda, hombres sin fuerza, hombres afeminados, hombres sin vello; hasta esa misma categoría se ha cambiado, a medida que más personas redefinan lo que es ser hombres trans.

Saliendo del clóset trans o ¿del “sótano trans”?²

El trabajo de campo fue posible por el contacto con Walter Bustamante quien ha trabajado mucho con los sectores LGBTI en la ciudad de Medellín y me contactó con Maximiliano, un hombre de 45 años, abogado y defensor de los Derechos Humanos, quien es una figura visible en la ciudad y pertenecía al grupo de apoyo *Transeres*, integrado por hombres y mujeres trans. Gracias a él conocí a Tony Ardila, un chico de 18 años que vive en Bello y fue personero en el 2016 del Colegio Carlos Pérez Mejía,

² “Salir del sótano” es una expresión metafórica utilizada por Maximiliano Arango, porque considera que las personas trans no salen de la misma manera que los homosexuales, sino que es más complicado hacer un tránsito y tomar esa decisión por las implicaciones sociales, económicas y familiares.



allá mismo. También por compañeras de la universidad pude conocer a Laura Tatiana Arias Ramírez, quien prefiere ser llamado Tato, tiene 20 años y es estudiante de Ingeniería Sanitaria de la Universidad de Antioquia; y finalmente, Agueda Gallego Ospina, una activista y directora de la Mesa de la comuna 3 Divergéneros que se encuentra en un proceso de construcción y de ir tomando fuerza para empezar a hacer procesos de reconocimiento y respeto dentro de la comuna y en la ciudad.

Ahora bien, las cuatro personas anteriormente mencionadas viven, sienten y expresan sus tránsitos completamente diferentes, por sus distancias generacionales, el nivel de escolaridad, la clase social, el entorno familiar, y la ciudad-barrio que han habitado. En ese sentido la pregunta acerca de ¿qué hombre quiero ser yo? Se vuelve vital y a la vez se transforma en ese mismo proceso de tránsito, porque no es necesariamente solo el “querer”, sino el “poder ser”. Entonces surge la pregunta ¿de qué manera se manifiestan las normas de género en los tránsitos de los hombres? Teniendo en cuenta la paradoja que entrañan las propias normas que en términos de Judith Butler las necesitamos “para vivir y para vivir bien, y para saber en qué dirección debería transformarse nuestro mundo social, [pero] también estamos constreñidos por normas que a veces nos violentan y a las que debemos oponernos por razones de justicia social.” (2006:291).

Esta es la paradoja en la cual nos encontramos todos los individuos, pues no podemos estar fuera de las normas, pero eso no implica que estas sean inmutables. Como lo señala implícitamente la anécdota de Tony:

[...] Yo desde chiquito sabía que tenía una atracción diferente a las demás niñas, por así decirlo, pues me sentía atraído por las niñas y eso me preocupaba. Y otra cosa que también me preocupaba en esa corta edad era que yo siempre que me iba a acostar me imaginaba a mí como un niño y no sabía por qué. Mi futuro yo siempre me lo imaginaba siendo yo un hombre y todo eso. A medida que fui creciendo y como decía, la gente va imponiendo unos caminos, yo sabía que yo era una mujer entonces que debía irme por ese camino de que no podía seguir imaginándome esas cosas que no se podían hacer. (Conversación, 16 de mayo de 2016).

Estas dos situaciones que preocuparon a Tony confirman dos normas: primero cómo la heteronormatividad, es decir la norma que “presupone que la orientación hacia las personas ‘del sexo contrario’ es la única posibilidad legítima de construir la sexualidad y el deseo” (López Oseira, R. & Bedoya Molina, P., 2014:13). Es una norma que como preocupa, limita la manera en que nos relacionamos con los demás seres, pues se posiciona como la única manera correcta en que los deseos y las sexualidades deben ser orientadas, y esto se manifiesta de manera más restrictiva y agresiva para quienes no se ajustan a las identidades y sexualidades heteronormativas. Vale aclarar que la orientación sexual es diferente del proceso de la identidad de género, pues este último implica entender que hay sujetos que se reconocen y se sienten como fueron asignados al nacer, que serían los *cisgénero*, y otros que se reconocen y se sienten como *no* fueron asignados, que serían los *transgénero*.

Segundo, que Tony decidiera en su corta edad que no podía seguir imaginándose esas cosas, lleva a los hombres trans a un proceso de frustración y angustia, aún más cuando deben enfrentar durante su adolescencia una serie de cambios físicos con los cuales no se sienten completamente identificados y que deben asumir como un paso fundamental en la construcción social de que “ya se es una mujer”. Cuando nuestro mundo imaginario se ve cooptado por las normas sociales y culturales se da cuenta cómo la norma determina nuestra propia percepción, produciendo un cuerpo que ha sido gobernado bajo el término de mujer-femenina, lo cual devela cómo “El ‘sexo’ no es pues sencillamente algo que uno tiene o una descripción estática de lo que uno es: será una de las normas mediante las cuales ese ‘uno’ puede llegar a ser viable” (Butler, 2002: 19). Es decir, ese ‘uno’ puede llegar a ser un sujeto inteligible culturalmente, lo cual implica ser reconocido y aceptado socialmente como ‘humano’ en términos butlerianos.

En ese contexto, realizar un tránsito como hombre joven hoy en día, no es lo mismo que en los años ochenta del siglo XX, donde el término según Agueda Gallego (43 años) no había sido escuchado, ni mencionado en algún programa de televisión, libro, revista o de alguna persona, de lo que se escuchaba era de la revolución sexual de *gays* y lesbianas, y de cómo el VIH los estaba matando. Las mujeres masculinizadas o quizás los hombres trans por varias décadas han sido llamadas(os) “*las camioneras*” y “*las machorras*” lo cual generaba un estigma social. Por ejemplo en la escuela, relacionarse con ella representaba, y aún en el

2017, un contaminante para las demás mujeres, porque tendría “el poder” de convertirlas en lesbianas, lo cual manifestaba en términos de Norbert Elías que “en el fondo se encuentra el miedo al contacto con un grupo que a los propios ojos, así como a los de los compañeros del grupo es anómico” (1968:250).

Efectivamente, las diferencias generacionales marcan distancia y matices en las maneras en que se han llevado a cabo los tránsitos como explica Maximiliano:

[...] O sea, yo como adulto ya tengo una aprobación dentro de ese dispositivo de verificación llamado sociedad, ni siquiera estoy hablando del Estado, no, del otro que es igual a mí. Yo ya tengo unos logros, ya tengo una carrera, ya tengo un nivel x profesional, ya tengo unos clientes, ya tengo un nombre, bueno. Pero cuando yo decido hacer un tránsito yo tengo que empezar a calcular, que eso a lo mejor se va a perder y que me va a tocar dejar ir, renunciar, entonces, pero yo ya tengo obligaciones económicas, yo ya no dependo de mi madre (Conversación, mayo 2016).

Por ende, resalta que la fuerza temeraria de los jóvenes les permite hoy en día hacer unos tránsitos hormonizados y con cirugías como muchos lo desean, buscando ser sujetos viables y reconocidos socialmente como hombres. A pesar de los inconvenientes del propio sistema de salud para atender a los hombres trans, como ha tenido que enfrentar Tony a sus 18 años de edad. Primero, los argumentos han sido que no hay citas con el endocrino, lo que ha llevado a una automedicación, y segundo, aprender a hacer tutelas



para exigir la cirugía de la mastectomía a una Empresa Prestadora de Salud (EPS) que está en quiebra y prefiere argumentar que es algo “estético”, después de conocer la siguiente historia:

[...] Cuando ya entré a décimo yo ya había probado más que todo, pues la venda gruesa, la venda delgadita y ninguna pues, pues las dos me incomodaban y aunque se veía más plano el tórax, igual se veía raro. Entonces opté por algo más agresivo, pero que me ayudaba, físicamente me veía totalmente plano, y empecé a utilizar lo que es la cinta adhesiva [...] eh por esto fue que mis padres también se despertaron a ayudarme más, vieron que no era un capricho, pues porque una cinta, cualquiera no se la aguanta para decir que es un capricho. Entonces, pero yo sin eso ni siquiera soy capaz de salir a la tienda, ni que con un buzo y que no se me note, no. Yo así sea a la tienda tengo que irme como me siento por dentro, sin eso (conversación, mayo 2016).

Esa búsqueda dolorosa por ser diferente de lo que han construido de su fenotipo, la lucha por mostrar a los otros que él es él, y se siente y vive en masculino, no de otra manera. A pesar de que otros hombres los quieran feminizar, para invalidar su ser y su proceso. Así, se reconfigura y se activa el orden binario heteronormativo, es decir que aún no logran “pasar” (Prada y otros, 2012, citado en CNMH) como hombres, en este caso. Lo señala Tato Arias Ramírez que la gente los identifica más como “Chicas lesbianas machorras” que como hombres transgéneros, por eso un esfuerzo tan ferviente para que los reconozcan como un par, como le pasó a Tato Arias mientras caminaba:

[...] Al salir a la calle, yo sentí que la mirada de los hombres o yo sentí eso en particular, pues de algunos había algo que me intimidaba, como que me retaba, como que me exigía *pues, si sos tan macho demostrame qué tan macho eres*. Entonces yo sentía que por ejemplo en el Centro, yo tenía que caminar con paso firme, con la mirada recta, no bajarles la mirada, eso era como demostrar como cierta... cierta sumisión, miedo. Entonces era como desgastante energéticamente, como querer comparar con machos, como quererse comparar con los hombres, y yo llegué a la conclusión que yo no soy un hombre, yo soy un hombre transgénero, entonces yo no tengo por qué equipararme (Conversación, abril 2016).

Esa experiencia lo llevó a entender que su construcción masculina no se tiene por qué equiparar con las de otros hombres, y que para la gente es difícil no encajonarlos en “el deber ser un hombre si tanto lo quiere”, pues se reproducen los estereotipos como en el hogar de Tato, quien lo denomina como “pasar por una segunda adolescencia” porque le exigen ciertas cualidades en lo referente a la fuerza, por ejemplo. O en casos más violentos donde el juego de tocarse las tetillas entre hombres, se le haga a un hombre trans como a Tato, a quien nunca le han gustado esos juegos bruscos, ni de tratarse a los golpes, entonces los amigos lo asumen como un par. No obstante, es necesario tener en cuenta que si bien buscan ser reconocidos, también buscan el respeto de las diferencias en sus masculinidades.

Estas diferencias están marcadas, por sus corporalidades y por cómo han

sido socializados diferencialmente de acuerdo a un dimorfismo de género, lo cual también se manifiesta en reacciones ante las dinámicas sociales que pueden retrasar los procesos, como es el miedo:

[...] Como que no falta el loco, que lo pueda ver a uno en la calle y *ah, a esta no le gustan los hombres, vamos a enseñarle lo que es estar con un hombre, así*. A mí también me da mucho miedo por ese lado y también me daba miedo por el lado de mi novia, porque como ella vivía por una parte que es como una parte periférica de la ciudad y uno pues sabe que pasan haciendo limpieza social, entonces si a ella la veían conmigo, andando por ahí, por esos sectores, la podían incluso hacer daño (Conversación, Abril 2016).

En consecuencia, Tato no se había podido motilar por el miedo que sentía hacia su compañera y hacia sí mismo, que si bien hay evidencias de la violencia llevada a cabo en los barrios de Medellín por grupos ilegales contra personas LGBT, en otras circunstancias el miedo ha sido enseñado por las madres a sus “hijas” como el no salir hasta tarde en la noche, no andar sola, etc., violencias legitimadas dentro de un mismo sistema moderno/colonial de género³ (Lugones, 2008). Lo anterior evidencia, cómo su tránsito le ha dado cierta libertad de movilidad que le ha permitido a él ser más autónomo y sentirse más tranquilo en los espacios de la ciudad (Sennet, 2003) a diferencia de sus compañeras

³ “Entender los rasgos históricamente específicos de la organización del género en el sistema moderno/colonial de género (dimorfismo biológico, la organización patriarcal y heterosexual de las relaciones sociales) es central a una comprensión de la organización diferencial del género en términos raciales.” (Lugones, M. 2008:78)

que aún sienten miedo al salir de noche por ciertas zonas de Medellín.

Aclaro, que así tengan la apariencia masculina no los exime de las violencias y discriminaciones, pero se percibe distinto el entorno, y más cuando la posición política es no hacerse ninguna intervención quirúrgica, ni de hormonas; como lo evidencia Maximiliano:

[...] Yo no le voy a seguir el cuento al sistema [...] yo soy abogado le administro los derechos a muchas personas, incluso prácticamente hasta la vida ¿cierto? [...] Y yo para disponer de mi cuerpo tengo que irle a pedir concepto a un siquiátra, pues eso no tiene ninguna lógica (Conversación, mayo 2016).

Su discrepancia con el protocolo para operarse o para hormonarse, lo ha llevado a decidir que su construcción masculina, por el momento, no tiene que pasar por la inyección, ni el quirófano, sino que pasa por el discurso, por la manera como lo reconocemos y respetamos su posición política. En tal caso, él por su cuerpo de hembra tiene que calcular también los peligros del cuerpo de las hembras, cuyos cuerpos son vistos como objetos de la mirada, el deseo y la posesión de un “otro” masculino. Sin embargo, también ha percibido el “ascenso social de ser hombre”, no sabe si es por el cambio en la forma de ser pues era tímido, penoso e introvertido, y ahora es todo lo contrario extrovertido, atrevido, conversador; o si es por el “inconsciente social” como lo llama él, que asume lo masculino como superior.

Este proceso de auto desplazamiento psicológico, da cuenta que el tránsito no solo implica transformaciones



corporales en la apariencia, sino que a su vez es un arduo proceso de “tránsito espiritual” como lo denomina Maximiliano, en donde se deben resolver preguntas de la existencia y sus respuestas impulsan a estos seres a buscar qué es lo que no cuadra del todo, y qué es lo que podría llenarlos de satisfacción y alegría consigo mismos. Esta búsqueda que como se ha dado cuenta implica una lucha por el quién voy siendo, y especialmente el cómo me ven, me nombran, me identifican y me reconocen; genera un caos, como en la ambigüedad que sentía Tato:

[...] Hay un lado masculino que vive dentro de mí, yo aceptaba eso para mí, pero no le comentaba a nadie. A la primera persona que le llegué a comentar fue a mis mejores amigos: Víctor García, y yo le dije a él *es que yo me siento mitad él y mitad ella*, eso fue como en décimo. (Conversación, abril de 2016).

Esas inquietudes, que lo asumen como si solo les pasara a ellos, pues sus referentes, en algunos casos, no son cercanos, ni cotidianos; generan que estos tránsitos sean más solitarios, y en consecuencia pueden llegar a generar procesos depresivos, de tristeza prolongada y a tomar decisiones inadecuadas o apresuradas en relación a su cuerpo. A su vez, las personas que escuchan y empiezan a ver los cambios en el comportamiento, el vestuario, y las actitudes; deben ir también haciendo sus propios procesos de tránsito, acompañando, aprendiendo los términos, buscando información en Internet como también lo hacen ellos, pues es un espacio fundamental en la construcción de sus subjetividades y corporalidades. Tanto así que

algunos hombres trans se han motivado a contar sus historias y a apropiarse de un discurso político para ir generando transformaciones en los imaginarios estereotipados de muchos hombres trans y de las demás personas trans o cisgénero.



CONCLUSIONES

La búsqueda por ser reconocido y pertenecer a algo es una necesidad vital del ser humano, a costa o gracias a ser sujetos “fácilmente” etiquetados y clasificados, pues se reproducen los estereotipos de lo que el Otro, tiene en su “repertorio de imágenes” como lo denominó Roland Barthes (Citado en Sennet, 2003:389). Esto trae como consecuencia la tranquilidad de pasar desapercibidos, pero a su vez de desconocer sus condiciones de vida, lo cual trae problemas a la hora de solicitar y exigir derechos jurídicos, laborales, educativos y de salud. Por lo tanto, el poder experimentar al Otro en todas sus dimensiones, nos abriría la puerta para generar transformaciones sociales y culturales, a través de construcciones discursivas y corporales históricamente situados.

La discusión acerca de la manera en que percibimos, vivimos, definimos y sentimos el cuerpo viene de una herencia filosófica y religiosa de hace más de cuatro siglos, en donde el cuerpo es el opuesto del alma, y por lo tanto, es posible modificarlo, orientarlo y convertirlo en lo que el ente superior como el conocimiento pueda hacer de él. Se pudo evidenciar de manera somera, que tal

visión occidental/moderna/colonial, no permite entender la complejidad de las construcciones corporales y discursivas, lo cual implica tratar de pensar fuera del mundo dicotómico y excluyente para comprender la diversidad de experiencias que desborda la vida humana.

Asimismo, se evidenció cómo estos tránsitos en medio de la muchedumbre pueden sentir tanto la soledad y la desubicación, como la libertad individual cuyo “punto esencial es que el particularismo y la incomparabilidad que posee cada uno de los individuos, pueda expresarse de alguna manera en la trama de un estilo de vida” (Simmel, 1903:7). Que a la vez busca ser diferente de las expresiones de los otros, tanto por un interés en “incomodar” al otro desde el nombre, la identidad de género o la apariencia, como de buscar esa diferenciación que intentamos ordenar y delimitar a través de las categorías que utilizamos para comunicarnos con los otros, como la propia categoría de “Hombre trans”.

BIBLIOGRAFÍA

- Bedoya, P. & Múnera, S. (2014). Para Desenclosetar la “eterna primavera”: formas de homocidad y homoerotismo en Medellín. En: López Oseira, Ruth & Bedoya Molina, Pablo (Eds.). *Existir, habitar, resistir. Memoria histórica de las personas LGBTI en Medellín*. (pp. 77-100) Medellín: Universidad Nacional de Medellín.
- Butler, J. (2001). *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*. México: Paidós.
- _____. (2002). *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*. Buenos Aires: Paidós.
- _____. (2006). *Des hacer el género*. Barcelona: Paidós.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. *Aniquilar la Diferencia. Lesbianas, gays, bisexuales y transgeneristas en el marco del conflicto armado colombiano*. Bogotá, CNMH- UARIV-SAID -OIM, 2015.
- Elias, N. [1968] 2003, “Ensayo acerca de las relaciones entre establecidos y forasteros” en: Revista española de investigaciones sociológicas, No. 104, octubre. Diciembre, pp. 220- 251.
- Lugones, M. (Jul-dic 2008). Colonialidad y Género. *Tabula Rasa*. (9).pp. 73-101.
- Pardo, J. L. (1992). *Las formas de la exterioridad*. Valencia: Pre-Textos.
- Park, E. (1925). *The City: Suggestions for the Study of Human Nature in the Urban Environment* (with R. D.McKenzie & Ernest Burgess) University of Chicago Press, Chicago.
- Sennet, R. (2003). *Carne y piedra: el cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*. Madrid: Alianza Editorial
- Simmel, G. 2006. *La metrópolis y la vida mental*. Bifurcaciones. Bifurcaciones LTDA. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=55800410>.

